

El precio (de los alimentos) del éxito

La mayor demanda mundial de calorías origina presiones inflacionarias y más

Simon Johnson es Consejero Económico y Director del Departamento de Estudios del FMI

3 de diciembre de 2007

¿Qué tienen que ver el trigo australiano, la carne de cerdo china y el maíz estadounidense con la macroeconomía? Lamentablemente, en este momento, mucho, y de manera interconectada a nivel mundial.

En los últimos 12 meses, los precios de los alimentos han sufrido un gran shock inflacionario. Este shock no siempre se traduce en una mayor inflación sostenida; en la mayoría de los países, la política monetaria parece funcionar correctamente. Pero perjudicará sobre todo a los habitantes relativamente pobres de las ciudades de países de bajo ingreso.

También hay dos noticias potencialmente buenas: los beneficios directos para los agricultores de países de bajo ingreso y el posible margen para eliminar los subsidios agrícolas en los países ricos.

El aumento de los precios de los alimentos es un shock que se origina principalmente en los países ricos y de ingreso medio. En los últimos años, los precios de los productos básicos se han ido incrementando, sobre todo en el caso de los combustibles y los metales. Una causa importante del aumento reside en las altas tasas de crecimiento mundial: en el último quinquenio se han registrado las mayores tasas de crecimiento desde los años sesenta. Obviamente, gran parte del crecimiento mundial se ha sostenido gracias a la pujanza de los mercados emergentes.

Los precios más altos de los productos básicos deben generar una reacción de la oferta, con cierto desfase, y casi todos los países en desarrollo se han beneficiado del aumento de la actividad económica mundial. Así que parte de lo que vemos quizá sea un efecto inevitable de la mayor prosperidad en todo el mundo, y también del clima: en algunas partes se han producido graves sequías y en otras, brotes de enfermedades animales.

Y también la política de biocombustibles

Últimamente se ha producido una escalada de precios, al menos en parte por el fomento del uso de los denominados biocombustibles en los países industriales. Los biocombustibles son una forma de energía renovable; es decir, del maíz se produce etanol, el cual se mezcla con gasolina para impulsar automóviles y también para sembrar más maíz. Como fuente de seguridad energética, este mecanismo tiene cierto atractivo, ya que diversifica las fuentes de energía.

Lamentablemente, aunque a veces se exageran los beneficios de los biocombustibles, sus efectos colaterales son muy visibles. La fabricación de etanol a partir de maíz no genera mucha energía neta: se utiliza casi la misma cantidad de petróleo para producir y transportar etanol que para generar el equivalente de gasolina; además, tampoco se reducen en gran medida las emisiones de carbono. Pero sí se eleva el precio del maíz.

El alza de los precios del maíz en los últimos dos años ha sido apreciable: prácticamente se han duplicado en Estados Unidos y el mundo (aunque han bajado un poco en meses recientes). La reacción en cadena no se ha hecho esperar y algunas tierras trigueras, por ejemplo, se han dedicado al maíz o, como se observa en Europa, parte de las tierras dedicadas a la producción de leche se están utilizando para el biodiésel (por ejemplo, la siembra de semilla de colza, cuyos precios también han aumentado fuertemente). A juicio de los técnicos del FMI, gran parte del reciente incremento de los precios de los alimentos puede atribuirse directamente a la política de biocombustibles.

Un factor clave de la estrategia de biocombustibles es el proteccionismo agrícola. Varios países, como Brasil, pueden producir etanol a partir de azúcar, por ejemplo, a un costo mucho menor, con mayor ahorro de energía no renovable y menores emisiones. Pero ese etanol está sujeto a un arancel prohibitivo en Estados Unidos (y a barreras similares en Europa). Además, los subsidios de los países ricos, que deberían estimular la innovación en este sector, parecen haber estimulado una gran proliferación de destilerías de etanol en Estados Unidos. Es buena idea alentar la innovación (por ejemplo, el uso de plantas de jatropha en India tiene gran potencial aunque requiere considerables inversiones), pero existen formas más eficaces de estimular la investigación y el desarrollo en este sector.

Y las consecuencias son...

Si el shock de los precios de los alimentos se debe en gran medida a la política de biocombustibles de los países industriales, ¿quién sufre las consecuencias? En primer lugar, los países industriales mismos. Si bien la Reserva Federal no incluye los precios de los alimentos en sus indicadores de inflación básica (que guían las medidas de política monetaria de Estados Unidos), porque esos precios suelen ser volátiles, es posible un aumento permanente de los precios, por la adopción de biocombustibles o por otro motivo, que justifique su inclusión en las cifras de inflación básica (y algunos bancos centrales de países industriales ya lo están haciendo).

Con todo, el efecto en los países ricos será limitado por una sencilla razón: los alimentos constituyen una parte relativamente pequeña del consumo de la población en la mayoría de esas economías, entre 10% y 15% en promedio, y son más altos los costos de procesamiento y distribución que los de la materia prima, de modo que la proporción del índice de precios al consumidor es pequeña.

En cambio, en muchos países más pobres los alimentos son un componente mucho mayor del índice de precios al consumidor. En China y otros mercados emergentes, por ejemplo, los alimentos equivalen a casi el 30% del gasto de consumo, y en muchos países de bajo ingreso, al 50% o más. Esto significa que en los países más pobres un mismo aumento de

los precios del maíz, del trigo, de la leche y de la carne se traduce inmediatamente en mayor inflación.

Aún así, ello implica que la política monetaria de los países de ingreso medio y en desarrollo tendrá que ser más restrictiva (tasas de interés más altas). Desde luego, también pueden aplicarse medidas de política no de mercado, como los controles de precios, que generan distorsiones. Dichas medidas tenderán a incrementar el diferencial de tasas de interés entre los países pobres y los ricos, que están tratando de reducir las tasas de interés. Esto a su vez tenderá a aumentar las operaciones de acarreo (*carry trade*), que consisten en endeudarse en una moneda con tasas de interés más bajas (como el yen) para invertir en otras con tasas de interés más altas (como las de los países en desarrollo).

No tiene nada de malo que el capital fluya de los países ricos a los pobres. De hecho, correctamente utilizado y con la velocidad indicada, puede contribuir al desarrollo. Pero los estudios del FMI advierten que si un país recibe demasiado capital, de manera muy rápida y desordenada, pueden producirse graves consecuencias para la estabilidad y el crecimiento económicos.

Y ahora las malas noticias

Aparte de las razones de política macroeconómica, los perjuicios reales recaerán obviamente sobre los pobres de las zonas urbanas. Para ellos, el impacto de los altos precios de los alimentos es directo y doloroso: tendrán que pagar más por comer y, en muchos países pobres, de continuar el aumento de la población, se comprimirán los ingresos de los sectores más pobres. Los agricultores que producen suficiente para ellos y el mercado pueden beneficiarse (según los precios de lo que producen y lo que consumen), pero los pobres de las zonas urbanas y algunos de las zonas rurales llevarán las de perder.

¿Y cuáles son las buenas noticias?

Los mayores beneficios potenciales serán para los agricultores de todo el mundo, entre ellos los de los países pobres. Desde ya, los habitantes de las zonas urbanas seguramente sufrirán perjuicios, de modo que cada país tendrá su propio impacto neto.

La situación está empeorando rápidamente, pero está surgiendo otra oportunidad potencial. Los subsidios agrícolas en los países ricos han perjudicado por mucho tiempo al sistema de comercio internacional y actualmente entorpecen la liberalización del comercio. Los países ricos no desean mejorar el acceso a sus mercados más protegidos.

Con los altos precios de los alimentos, resulta evidente que se necesitan menos subsidios y (según su estructura) tal vez ni se tengan que pagar cuando los precios suban por encima de cierto nivel. Los países industriales deben aprovechar este momento para eliminar subsidios de manera que sea difícil reinstaurarlos.

Aunque la Unión Europea no siempre es vista como modelo de la reforma agrícola, ha dado un admirable paso al frente en materia de subsidios a la exportación de leche. Con los precios récord de la leche de este año, los subsidios se han suspendido. En vista de la forma en que se toman las decisiones de política agropecuaria, podría ser difícil restablecerlos.

Pero también hay que reducir los aranceles de los países industriales al etanol. El mundo rico siempre está sermoneando a los pobres para que añadan valor en el sector agrícola. Esto es exactamente lo que podría generar el rápido desarrollo de un mercado mundial de biocombustibles. Pero ello no ocurrirá si no se eliminan los aranceles a la importación de biocombustibles en los países ricos. No se trata obviamente de ninguna panacea, pero un comercio más libre de biocombustibles en general ayudaría a los sectores agrícolas de todo el mundo y beneficiaría a las sociedades rurales pobres. Las oportunidades de ampliar el uso de la tierra serán mayores si todos los países tienen una oportunidad justa para producir biocombustibles.

Véanse más detalles en los recuadros 1.1 y 1.6 de la edición de octubre de 2007 de Perspectivas de la economía mundial y en nuestro reciente estudio de la globalización financiera en: <http://www.imf.org/external/np/res/docs/2007/0607.htm>.